

Síntesis del Mensaje del Sínodo sobre la Nueva Evangelización



Los obispos, reunidos en Sínodo con el Obispo de Roma, nos acaban de enviar un mensaje. Su objetivo es “animar y orientar el servicio al Evangelio en los diversos contextos en los que estamos llamados hoy a dar testimonio”.

Aunque el Mensaje está dividido en 14 números –todos ellos con su correspondiente título-, podría ser reducido a tres apartados, con una introducción (el icono de la Samaritana) y una conclusión (María, estrella de la Evangelización):

- La nueva Evangelización como encuentro y obra del Espíritu (1)
- Los agentes (2)
- Escenarios, oportunidad y contextos (3)

Introducción: el icono de la Samaritana (n.1)

Se inicia el Mensaje evocando el encuentro de la Samaritana con Jesús en el brocal del pozo de Jacob. De este icono se deduce que “no hay hombre o mujer que en su vida, como la mujer de Samaría no se encuentre junto a un pozo con una vasija vacía, con la esperanza de saciar el deseo más profundo de su corazón”.

Sin embargo, no es fácil acertar con el pozo del agua viva: “hay muchos pozos que se ofrecen a la sed del hombre”. Pero no sacian la sed. “La Iglesia siente el deber de sentarse junto a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, para hacer presente al Señor en sus vida, de modo que puedan encontrarlo”.

I. La nueva evangelización como “Encuentro” y obra del Espíritu

El mensaje no pretende ofrecer una definición de la “nueva Evangelización”. La describe a partir del momento que estamos viviendo en nuestra tierra e historia. La nueva Evangelización consiste en un encuentro con Jesucristo “hoy” y tiene en el Espíritu Santo –el Espíritu del Señor- su principal actor y protagonista. Y, al mismo tiempo, caracteriza la nueva Evangelización como la misión que brota de la contemplación y que asume el rostro del pobre.

1. Encuentro con Jesucristo (nn.2-4)

La evangelización tiene como objetivo “conducir a los hombres y las mujeres de nuestro tiempo hacia Jesús, al encuentro con Él” (M,2). Es urgente evangelizar tanto en regiones evangelizadas desde antiguo, como en las recientemente evangelizadas. La fe se está apagando, ¡es necesario reavivarla! ¡Hay que favorecer un nuevo encuentro con el Señor por parte de quienes recibieron el bautismo y se alejaron de la Iglesia y viven ya sin referencia alguna a la vida cristiana! “Los cambios culturales nos llaman a *algo nuevo*” (M,2): a una experiencia comunitaria y nueva de la fe y a un anuncio del Evangelio “nuevo en su ardor, en sus métodos, en sus expresiones” (M,2).

En todo esto, se parte de la convicción profunda de que “la fe se decide, sobre todo, en la relación que establecemos con la persona de Jesús” (M,3). La nueva Evangelización intenta posibilitar el encuentro con Jesús, proponiendo al ser humano de hoy la belleza y novedad del encuentro con Jesús. Este encuentro no es imposible, difícil ni incierto: Jesús mismo “sale al encuentro” (M,3): somos buscadores previamente buscados.

“La Iglesia es el espacio ofrecido por Cristo para este encuentro” (M,3); ella manifiesta –sobre todo en sus celebraciones litúrgicas- que es obra de Dios; ella “hace visible en sus palabras y gestos el Evangelio” (M,3). De aquí deriva la necesidad de que las comunidades eclesiales sean acogedoras, espacios en donde todos se encuentren “como en casa”. Hay que multiplicar y hacer accesibles a los seres humanos de hoy los pozos en los cuales sean invitados a saciar su sed, a experimentar un oasis en los desiertos de la vida, a encontrarse con Jesús.

Los Evangelios nos narran cuáles fueron los puntos de encuentro con Jesús durante su vida pública: en el contexto del trabajo (Pedro, Andrés, Santiago y Juan), como respuesta a la curiosidad (Zaqueo) o a la intercesión por una persona querida (el centurión), o a la propia ceguera (el ciego de Jericó, el ciego de nacimiento), o a la hospitalidad ofrecida (María y Marta) (M,4). Hoy debemos facilitar también otros puntos de encuentro: “la lectura frecuente de la sagrada Escritura, iluminada por la Tradición de la Iglesia, nos ayuda a hallar espacios nuevos de encuentro con Jesús, nuevas formas de acción evangélica, enraizadas en las dimensiones fundamentales de la vida humana: familia, trabajo, amistad, pobreza, pruebas de la vida” (M,4).

2. El Espíritu del Señor, primer actor de la nueva Evangelización

Pero no podremos realizar la nueva Evangelización si no nos dejamos evangelizar de nuevo y si no acogemos el don de la conversión hoy necesaria: “la debilidad de los discípulos de Jesús hace mella en

la credibilidad de la misión” (M,5). De todos modos, “si esta nueva evangelización fuese confiada a nuestras fuerzas, habría serios motivos de duda” (M,6). El mensaje del Sínodo reafirma algo sumamente importante:

“en la Iglesia la conversión y la evangelización no tienen como primeros actores a nosotros, pobres hombres, sino al mismo Espíritu del Señor” (M,6).

“No somos nosotros quiénes para conducir la obra de la evangelización, sino Dios: la actividad verdadera viene de Dios y solo introduciéndonos en esta iniciativa divina, solo implorando esta iniciativa divina, podemos nosotros también llegar a ser –con él y en él- evangelizadores” (M,6)

“Estamos convencidos, además, que la fuerza del Espíritu del Señor puede renovar su Iglesia y hacerla de nuevo esplendorosa” (M,6).

“Aquí está nuestra fuerza y nuestra certeza, que el mal no tendrá jamás la última palabra, ni en la Iglesia, ni en la historia... Nosotros confiamos en la inspiración y en la fuerza del Espíritu, que nos enseñará lo que debemos decir y lo que debemos hacer, aún en las circunstancias más difíciles” (M,6)

Desde esta convicción, del primado del Espíritu Santo en la nueva Evangelización, se deriva una nueva forma de parresía y audacia evangelizadora:

“No nos sentimos atemorizados por las condiciones del tiempo en que vivimos. Nuestro mundo está lleno de contradicciones y de desafíos, pero sigue siendo creación de Dios y, aunque herido por el mal, siempre es objeto de su amor y terreno suyo, en el que puede ser sembrada la semilla de la Palabra para que vuelva a dar fruto” (M,6)

“No hay lugar para el pesimismo en las mentes y en los corazones de aquellos que saben que su Señor ha vencido a la muerte y que su Espíritu actúa con fuerza en la historia... ¡Nuestra Iglesia está viva” (M,6).

De todas formas, es muy necesario hoy el discernimiento de espíritus para no confundir el Espíritu Santo con otros malos espíritus que –sin percibirlo- se pueden apoderar de nosotros. El mensaje del Sínodo lo recuerda más tarde, pero es oportuno expresarlo aquí mismo: “Sabemos que en el mundo debemos afrontar una dura lucha contra los principados y las potestades y los espíritus del mal (Ef 6,12)... (M, 10). Por eso, el Espíritu Santo lleva adelante la misión en un contexto de auténtica lucha apocalíptica.

3. La espiritualidad de la nueva evangelización: contemplación y cercanía a los pobres (n.12)

Hay dos expresiones de la vida de fe que son especialmente relevantes en la nueva evangelización: la contemplación y la cercanía a los pobres (n.12)

“Solo desde la contemplación puede desarrollarse un testimonio creíble para el mundo, solo este silencio orante puede impedir que la palabra de la salvación se confunda en el mundo con los ruidos que lo invaden” (M, 12). Hay que favorecer “los lugares del espíritu y del territorio que son una llamada hacia Dios, santuarios interiores y templos de piedra” (M,12).

Es auténtica la nueva Evangelización cuando “tiene el rostro del pobre” (M,12). La cercanía al pobre no es solo cuestión de solidaridad, es –ante todo- “un hecho espiritual” (M,12). Por eso, la nueva Evangelización requiere que “a los pobres se les reconozca un lugar privilegiado en las comunidades cristianas, un puesto que no excluya a nadie” (M,12). Su presencia tiene la capacidad de “cambiar a las personas más que un discurso, enseñar fidelidad, hacer entender la fragilidad de la vida, exige oración, conduce a Cristo” (M,12). El gesto de caridad hacia los pobres ha de estar acompañado por el compromiso por la justicia, tal como postula la doctrina social de la Iglesia –horizonte necesario en la nueva Evangelización- (M,12).

II. Los agentes

Los obispos son los primeros que refieren a sí mismos la urgencia de una nueva Evangelización hacia ellos mismos –pues se confiesan humildemente pecadores- y hacia los demás. Entre los agentes de la nueva Evangelización mencionan a la familia, a la vida consagrada, a la parroquia y a los jóvenes.

1. La familia y la vida consagrada (n. 7)

En la comunicación de la fe de generación en generación le corresponde a la familia –especialmente a las madres- un lugar muy importante: “la transmisión de la fe ha encontrado un lugar natural en la familia... No se puede pensar en una nueva evangelización sin sentirnos responsables del anuncio del Evangelio a las familias y sin ayudarles en la tarea educativa” (M, 7). Pero hoy la familia esta sufriendo una tremenda crisis: “está atravesada por todas partes por factores de crisis” (M, 7), que se verifica en situaciones familiares de separación y divorcio o en las convivencias irregulares. En el Mensaje no se ofrecen soluciones concretas a esta crisis: simplemente se reafirma que es necesario “crear itinerarios específicos de acompañamiento antes y después del matrimonio” (M,7) y que “el amor de Dios no abandona a nadie” (M,7) y que “la Iglesia los ama y es una casa acogedora con todos, que siguen siendo miembros de la Iglesia, aunque no pueden recibir la absolución sacramental ni la Eucaristía” (M, 7).

También se hace referencia a la vida consagrada como agente de la nueva Evangelización. Quizá para correlacionarla con la familia y el matrimonio que están al servicio de la vida humana, la vida consagrada es presentada como aquella cuya principal orientación y cuidado es la “vida eterna”, “más allá de lo terrenal”, siendo de ello “testigos en la Iglesia y en el mundo”: “una vida totalmente dedicada al Señor, en el ejercicio de la pobreza, la castidad y la obediencia, es el signo de un mundo

futuro que relativiza cualquier bien de este mundo” (M,7). Se relata aquí la vida consagrada como auténtica “fuga mundi”, aunque posteriormente se pone de relieve su función de testigos y promotores en la nueva evangelización “en los varios ámbitos de la vida en que los carismas de cada instituto los sitúa” (M,7).

2. La parroquia y sus agentes de evangelización (n.8)

Dentro del contexto de una obra de evangelización que corresponde “al conjunto de las comunidades eclesiales” emerge la función imprescindible de la parroquia, fuente en la que todos pueden beber y encontrar la frescura del Evangelio (M, 8). Le corresponde a la parroquia “unir a la tradicional cura pastoral del Pueblo de Dios y a las variadas formas de piedad popular, las nuevas formas de misión que requiere la nueva evangelización”. Agentes de evangelización en la parroquia son todos: el presbítero (ministerio de sacerdote, padre y pastor), los diáconos, los catequistas y otras figuras ministeriales y de animación (M, 8). Todos ellos han de orientar su presencia y servicio desde “la óptica de la nueva Evangelización cuidando su propia formación humana y cristiana, el conocimiento de la fe y la sensibilidad a los fenómenos culturales actuales” (M, 8). Dentro de la parroquia –en cuanto Iglesia particular- han de integrarse, en comunión y en fidelidad al propio carisma, tanto los movimientos antiguos como los nuevos (M, 8).

Tampoco olvida el mensaje del Sínodo que hay hermanos de Iglesias y comunidades eclesiales con los cuales se comparte la misión evangelizadora, “aunque la unidad no es todavía perfecta, pero han sido marcados con el bautismo del Señor y son sus anunciadores”. La unidad ecuménica es una exigencia de la misión.

3. Para que los jóvenes puedan encontrarse con Cristo (n. 9)

El mensaje del Sínodo les reconoce a los jóvenes “un rol activo en la obra de la evangelización, sobre todo en su ambiente”. Muestra un talante optimista ante los jóvenes, porque “descubren en los jóvenes aspiraciones profundas de autenticidad, de verdad, de libertad, de generosidad”. El mensaje también se muestra preocupado por los influjos que sufren las nuevas generaciones. De todas formas, se vierte sobre ellos una mirada mucho más comprensiva que aquella que se proyecta sobre el matrimonio y la familia. El mensaje cree firmemente que “el amor de Cristo es quien mueve lo profundo de la historia y que sólo Cristo puede ser respuesta capaz de saciarlos” (M, 9).

Por otra parte, el mensaje reconoce que la nueva evangelización tiene un campo particularmente arduo y apasionante en el mundo de los jóvenes, con realizaciones tan satisfactorias como las Jornadas Mundiales de la Juventud (M, 9).

III. Escenarios, Oportunidad y Contextos

El mensaje del Sínodo no utiliza el término “escenarios” o “lugares” de nueva Evangelización.

Prefiere referirse directamente a los nuevos fenómenos que están diseñando el presente y el inmediato futuro de la humanidad y hablar posteriormente del diálogo con la cultura, la razón, la utilización de los medios y redes de comunicación social, la “vía de la belleza” en el arte, el mundo del trabajo y del sufrimiento y la enfermedad.

1. Los nuevos fenómenos (M, 10)

El Mensaje de los obispos reconoce que hay fenómenos actuales, contemporáneos que se deben convertir para la Iglesia en “oportunidad para extender la presencia del Evangelio, para difundir la fe y la comunión”: tal es el caso de la *globalización*, de las *migraciones*. Otros fenómenos como la *secularización*, las formas más ásperas de *ateísmo* y *agnosticismo* pueden ser interpretados más que como vacío, como nostalgia y expectativa. Fenómenos como la *crisis del primado de la política y del Estado*, hacen que nos preguntemos: ¿cómo hacernos presentes en esta sociedad? También las muchas y nuevas pobrezas nos abren espacios inéditos al servicio de la caridad (M, 10).

2. Diálogo con la cultura, alianza entre fe y razón, la vía de la belleza (n. 10)

La nueva Evangelización no solo pretende hacer posible el encuentro de la persona con Jesucristo, sino también encontrar “las semillas del Verbo”, presentes en las culturas y las experiencias humanas. La Iglesia tiene la convicción de dialogando con las culturas “el Evangelio es portador de luz y es capaz de sanar la debilidad del hombre” (M, 10).

Desde otra dimensión, “la nueva evangelización tiene necesidad de una renovada alianza entre fe y razón”. Se parte de la convicción de que “la fe tiene recursos suficientes para acoger los frutos de una sana razón abierta a la trascendencia y tiene, al mismo tiempo, la fuerza de sanar los límites las contradicciones en las que la razón puede tropezar” (M, 10). Cuando, por otra parte, “la ciencia y la técnica no presumen de encerrar la concepción del hombre y del mundo en un árido materialismo, se convierten en un precioso aliado para el desarrollo de la humanización de la vida” (M, 10). Estos planteamientos tienen especial incidencia en “el mundo de la educación y la cultura (escuelas, universidades)” (M, 10).

El mundo de las comunicaciones y redes sociales ofrece a la nueva Evangelización “una oportunidad nueva para llegar al corazón de los hombres” (M, 10).

No olvida el mensaje del Sínodo a quienes se dedican al *arte* en sus varias formas. Las personas artistas “dan forma a la tensión del hombre hacia la belleza... expresión de la espiritualidad... bellas creaciones que nos ayudan a hacer evidente la belleza del rostro de Dios y de sus criaturas” (M, 10): “la vía de la belleza es un camino particularmente eficaz de nueva evangelización”. Ni tampoco olvida a los trabajadores: “toda obra del hombre es un espacio en el que, mediante el trabajo, él se hace cooperador de la creación divina” (M, 10).

3. El escenario del sufrimiento, de la política y de las religiones

En el mundo del dolor y la enfermedad, “el evangelio ilumina esas situaciones”, a las cuales la Iglesia siempre quiere estar cercana.

Mientras que el Mensaje del Sínodo se muestra agradecido a quienes participan en los fenómenos hasta ahora descritos, sin embargo, mantiene una cierta reserva respecto a los políticos. Ahí su lenguaje es más severo: “Un ámbito en el que la luz del Evangelio puede y debe iluminar los pasos de la humanidad es el de la vida política”. El mensaje hace referencia al papel político de la Iglesia evangelizadora respecto a temas como aborto, matrimonio, libertad de educación, libertad religiosa, lucha por la justicia, oposición a la violencia, al racismo, al hambre, a la guerra. Y añade: “a los políticos cristianos que viven el precepto de la caridad se les pide un testimonio claro y transparente en el ejercicio de sus responsabilidades” (M, 10).

Respecto al diálogo inter-religioso, el Mensaje advierte que “si evangelizamos es porque estamos convencidos de la verdad de Cristo y no porque estemos contra nadie. Los discípulos de Jesús “se alegran de reconocer cuanto de bueno y verdadero el espíritu religioso humano ha sabido descubrir en el mundo creado por Dios y ha expresado en las diferentes religiones”. El diálogo interreligioso tiene repercusiones muy positivas en la humanidad, también en el ámbito político. Contribuye a superar los fundamentalismos y a la paz.

4. En el año de la fe, la memoria del Concilio Vaticano II y la referencia al Catecismo de la Iglesia Católica (n. 11)

El Mensaje del Sínodo se hace eco del diagnóstico del Papa Benedicto XVI sobre la situación de “desertificación espiritual” que ha ido avanzado en estos últimos decenios. “En el desierto –dice el Mensaje- se descubre aquello que es esencial para vivir” (M, 11), se busca el pozo, el oasis. Misión de la Iglesia es conducir a la humanidad hacia el “oasis”, “la fuente de la vida”, que es el encuentro con Cristo. Se agradece el “Año de la fe, preciosa entrada en el itinerario de la nueva evangelización”. Por otra parte, la celebración del cincuentenario del Concilio Vaticano II invita a una revitalización de la fe; su magisterio fundamental para nuestro tiempo –sigue diciendo el Mensaje- se refleja en el Catecismo de la Iglesia Católica, repropuesto a los veinte años de su publicación, como referencia segura de la fe.

5. Contextos: a las Iglesias de las diversas regiones del mundo (n.13)

Es muy acertado –a mi modo de ver- concluir el Mensaje con una referencia a las Iglesias particulares por Continentes, siguiendo la línea de los Sínodos continentales. Se ofrece así una interesantísima y particular visión de la “catolicidad” de la Iglesia (M, 13).

- Los cristianos de las Iglesias Orientales católicas, herederos de la primera difusión del Evangelio, y los cristianos presentes en el Este de Europa. Sus caminos de nueva Evangelización están centrados en la vida sacramental y misteriosa de la Iglesia: es misión de irradiación. Y quienes han de emigrar, llevan ese mismo espíritu a otros lugares, enriqueciendo el misterio de la Iglesia.

- Hombres y mujeres que viven en los países de África: se les pide relanzar la evangelización recibida en tiempos aún recientes, dedicarse como Iglesia “familia de Dios”, reforzar la identidad de la familia, desarrollar el encuentro del Evangelio con las antiguas y nuevas culturas. Hace también una “llamada de atención al mundo de la política y a los gobiernos de diversos países africanos para que promuevan los derechos humanos fundamentales” (M, 13).
- Los cristianos de Norteamérica: “son muchas las expresiones de la cultura de vuestra sociedad que están lejos del Evangelio”. Los obispos les invitan a la conversión: “estad dispuestos a abrir las puertas de vuestras casas a la fe”.
- Iglesias de América Latina y el Caribe: el mensaje asume un tono muy positivo: “admirable desarrollo de formas de piedad popular fuertemente enraizadas en los corazones de tantos, formas de servicio en la caridad y de diálogo con las culturas. Os exhortamos a vivir en estado permanente de misión, anunciando el Evangelio con esperanza y alegría, formando comunidades de verdaderos discípulos misioneros (M, 13).
- Cristianos de Asia: minoría como semilla profunda confiada a la fuerza del Espíritu, que crece en el diálogo con las diversas culturas, con las antiguas religiones y con tantos pobres. Presencia preciosa del Evangelio de Cristo que anuncia justicia, vida y armonía.
- Las Iglesias del continente europeo, marcado por una fuerte secularización, a veces agresiva, y todavía hoy herido por largos decenios de gobiernos marcados por ideologías enemigas de Dios y del hombre. Reconocimiento (misioneros, universitarios, teólogos, carismas religiosos, servicios de caridad, experiencias contemplativas): “las dificultades del presente no os pueden dejar abatidos, os deben desafiar a un anuncio más gozoso y vivo de Cristo y de su Evangelio de vida” (M,13).
- Los pueblos de Oceanía que viven bajo la protección de la Cruz del Sur. Comprometeos a predicar el Evangelio y a dar a conocer a Jesús.

Conclusión: María, estrella de la Evangelización ilumina el desierto (n.14)

Concluye el mensaje del Sínodo diciendo cómo todo el mundo, todo corazón humano, es hoy el campo de misión: “La misión esta vez no se dirige a un territorio en concreto, sino que sale al encuentro de las llagas más oscuras del corazón de nuestros contemporáneos, para llevarlos al encuentro con Jesús el Viviente que se hace presente en nuestras comunidades” (M,14). La misión consiste por lo tanto en llevar al ser humano desde el desierto hasta la fuente de la Vida.

La figura de María nos orienta en el camino. Es el agua del pozo la que hace florecer el desierto y como en la noche en el desierto las estrellas se hacen más brillantes. María estrella de la nueva evangelización a quien, confiados, nos encomendamos (14).

José Cristo Rey García Paredes, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/sintesis-del-mensaje-del-sinodo-sobre-la-nueva-evangelizacion